

Hebe Carmen Pelosi. *Argentinos en Francia, franceses en Argentina. Una biografía colectiva.* Ciudad Argentina, Buenos Aires, 1999, 527 páginas.

Las relaciones de la Argentina con Francia han tenido hasta el presente, y a pesar de su importancia, un escaso tratamiento en la bibliografía local, que el libro de Hebe Pelosi contribuye, en parte, a paliar. Esos vínculos fueron económicos, políticos y culturales; la autora analiza particularmente este último aspecto centrándose, sobre todo, en las relaciones académicas. Sin embargo, como el título lo señala, su propósito es aún más ambicioso, porque intenta también examinar la presencia, en sentido inverso, de la Argentina en Francia.

Ya en las primeras páginas Pelosi remarca que “los lazos con Francia se habían forjado desde antes de la independencia”; la tutoría intelectual comenzó con los pensadores del siglo XVIII y se afianzó con el romanticismo y el naturalismo. “El francés adquiere así, “la representación de una lengua de cultura... desempeña el rol de mediadora de las corrientes filosóficas y estéticas, de las obras maestras clásicas, románticas, simbolistas”.

Calificando este movimiento de unilateral, la autora se pregunta si es posible buscar en esas épocas las raíces de una dependencia cultural y de los mecanismos de interacción del continente latino con los centros dominantes de la economía capitalista europea existentes hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando comenzarían a ser desplazados por la fuerte y penetrante presencia norteamericana.

En el caso de Francia, cobran importancia los instrumentos y las políticas que se implementan desde la metrópoli para mantener su predominio e influencia cultural, con especial énfasis en las instituciones académicas-universitarias. Aunque

también la inmigración francesa (relativamente pequeña en relación con las de otros países europeos, pero la más numerosa de América Latina), que la autora analiza con cierto detalle, contribuyó a ello, a través de distintas instituciones mutuales y culturales.

Pero esta política no se basaba en una estricta "reciprocidad", la cual si bien era muchas veces declamada y proclamada en los discursos oficiales, pocas veces resultaba satisfecha; un ejemplo fue la creación del Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires en 1921, que posibilitó desde su origen y hasta el inicio de la guerra, que 62 profesores franceses dictasen cursos y conferencias en nuestras aulas, siendo apenas una decena los argentinos que visitaron las instituciones universitarias francesas en el mismo período.

Y es esta misma empresa cultural, que favoreció la creación del Instituto y a la que luego se sumaron otras instituciones con repercusiones en el campo académico de ambos países, la que lleva a Pelosi a reconocer la complejidad del tema y a analizar la construcción de las redes sociales, las estrategias políticas, los modos de producción intelectual y el poder de las influencias de los intelectuales y de las instituciones en su relación con el ámbito político por un lado, y con la dependencia de la cultura de los sectores políticos, sociales y económicos por el otro, en el presente siglo.

En la primera parte de la obra, la autora parte de un hecho evidente: la influencia francesa en la cultura argentina. Esta se remonta, como dijimos, al siglo XVIII, a través de los escritos de Voltaire, Montesquieu y de los fisiócratas y enciclopedistas, a los que accedieron directa o indirectamente los criollos que estudiaban en España y se impregnaban de esas ideas: novelas, poemas, corrientes de pensamiento político-social, y la creación de salones literarios, dan cuenta de ello.

Desde fines del siglo XIX esta influencia se ve acentuada, pues la Argentina estuvo por muchos años más cerca de Europa que de Latinoamérica; los capitales, la mano de obra, las costumbres, las modas, todo provenía del Viejo Mundo. París entra en la mitología argentina y envuelve tanto a "conocidos señoritos, amigos de extravagancias y lujos", como a escritores, diplomáticos, pintores, soñadores que ven a la capital francesa como la "meca".

Hay un claro afrancesamiento experimentado por nuestras clases dirigentes, que se trasluce en la educación (conocidas escritoras tienen al francés como primera lengua) y en un "modus vivendus" que reconoce una influencia casi exclusiva de los modelos franceses, y que alcanza su apogeo a principios del siglo XX. Con el barniz cultural que viene del país europeo se transforma la ciudad capital, hasta llegar a ser conocida Buenos Aires como la "París de América".

El modelo urbano, tomado en préstamo del barón de Haussmann, diseñador de los "Grands Boulevards" parisinos, diagrama la ampliación de avenidas, como es el caso de la Avenida de Mayo en la época de Torcuato de Alvear, primer intendente de la ciudad, que se propone hacer una urbe europea en concordancia con el auge económico agroexportador y con las pretensiones de una elite oligárquica que concentra riqueza productiva y poder político.

La arquitectura paisajista de las principales ciudades argentinas también se nutre de especialistas en la formación y desarrollo del jardín francés. De la mano de Carlos Thays, Joseph Bouvard y Jean Claude Nicolás Forestier, surgen, entre otros, el Parque Público en la Provincia de Córdoba; el Parque San Martín en Mendoza; el Boulevard Marítimo y la Rambla, en Mar del Plata; el Jardín Botánico, las urbanizaciones de Palermo Chico, el Barrio Parque, la plaza Grand Bourg y el Parque Tres de Febrero, en la ciudad de Buenos Aires.

Por esta época, el acercamiento entre Francia y el continente americano se cristaliza en París, en 1909, con la fundación del Comité France-Amérique y el "Groupement des Universités et Grandes Ecoles de France pour les relations avec l'Amérique Latine" (GUGEF), que tiene el objetivo de agrupar y colaborar en Francia con todos aquellos que se interesen por América, y con quienes en América, se interesen por Francia. Esta iniciativa, nada original ya que había sido llevada a cabo por otros países europeos en la época, es un argumento utilizado constantemente para fundamentar la presencia francesa en las naciones latinoamericanas.

El mismo líder socialista Jean Jaurés, en su viaje por América Latina, en 1911, proclamaba en idéntico sentido: "...Las grandes potencias se dividen el planeta, Francia no puede asistir impotente a este reparto, ella reclama el lote que le corresponde a su alta misión civilizadora... para mantenerse en el rango de gran potencia hay que obrar por la diplomacia y las armas. Para ello es necesario retomar el contacto con los pueblos jóvenes a los que pertenece el porvenir... de allí surge la necesidad de asegurar las relaciones cordiales entre el nuevo continente y Francia".

Para el caso de Argentina, estas relaciones asumen también una identidad económica y comercial, además de cultural. Al comienzo de la Primera Guerra Mundial, las inversiones francesas ocupaban un rango privilegiado en el ranking de los países con los que Argentina mantenía un importante flujo comercial; se instalan así filiales y sucursales de compañías francesas y diversas entidades bancarias y financieras; se invierte en la industria textil; en bebidas (cervecería Bieckert), y en la industria del vidrio (Rigolleau); también en empréstitos que toman el Estado argentino y algunas provincias, como las de Buenos Aires, Santa Fe y Corrientes.

En el caso de los servicios públicos, el país galo participa en numerosas inversiones en infraestructura, sobre todo en ferrocarriles y puertos. Entre los primeros figuran tres importantes ramales ferroviarios en las Provincias de Santa Fe y Buenos Aires, destacándose el Rosario-Puerto Belgrano, en consonancia con el cual se conceden las construcciones del Puerto de Rosario y de Puerto Belgrano a empresas francesas.

Desde un punto de vista político se destacaba también el rol que hacia principios de siglo podía jugar Francia en esta región, incluso para antiimperialistas y latinoamericanistas como Manuel Ugarte, un político y pensador que fue pionero en la tarea de hacer conocer a los franceses las ideas y la literatura de sus compatriotas, al tiempo que hacía conocer y difundir al país galo en la Argentina. Para Ugarte, la república francesa estaba llamada a ayudar a Sudamérica en la defensa de la

tradición latina y de la unión de las repúblicas latinas en el nuevo continente. Esta visión se enfatiza durante la Primera Guerra Mundial, en la cual las elites criollas dan muestras de su adhesión a Francia, en el contexto de la neutralidad que sigue nuestro país bajo la presidencia de Hipólito Yrigoyen. La alta sociedad argentina y gran parte de su intelectualidad embanderan sus casas, colocando carteles de "Viva Francia", y atacan lo que califican de "neutralidad sin gracia ni dignidad".

Por otro lado, como se señala en el libro, las actividades que procuran reafirmar los lazos que unen a Francia con América Latina, continúan durante la guerra: se organizan, por ejemplo, las "Semaines de l'Amerique Latine" que, como las de Lyon en 1916, las de Burdeos o las que se realizan en París en 1918, tienen como objeto promover el conocimiento del continente americano en Francia. Por parte de los franceses, hay un convencimiento de que "las relaciones culturales son un instrumento privilegiado de las estrategias políticas", y tratan de ponerlo en práctica.

En los capítulos siguientes, la autora hace un desarrollo que se extiende desde los años '20, donde se abre un fecundo período en las relaciones franco-argentinas, hasta la Segunda Guerra Mundial. Por esa época se fundan instituciones, como el Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires (IUP) o la Casa Argentina en la Ciudad Universitaria de París, todas ellas propulsadas por una "élite cultural que es a la vez social y política". La creación del IUP, nos recuerda Pelosi, es el resultado de una acción concertada entre académicos argentinos, como el Dr. José Arce, Rector de la UBA y Adolfo Bioy, entre otros, y representantes franceses, entre los que figuran George Dumas y Ernest Martinenche. En esos años se eleva, también, a la categoría de Embajada nuestra Legación en París.

El IUP, durante los primeros años de su existencia, intenta poner en contacto a la población universitaria argentina con renombrados profesores de la Universidad de París, de la Sorbona, del Colegio de Francia y de otros establecimientos de altos estudios. Nos visitan así economistas como Gastón Jéze, quién diserta sobre la manera defectuosa en la que se establecen los presupuestos nacionales y sugiere métodos para su elaboración basados en criterios propios; Louis Hourticq, profesor de Historia del Arte; Gabriel Bertrand y Marc Tiffeneu, destacados químicos, y Paul Langevin y Paul Montel, físicos del Colegio de Francia. También llegan médicos invitados por Arce a dictar conferencias en la Facultad de Medicina.

Las personalidades argentinas que fundan el IUP, conocidos por su francofilia y su pertenencia, en su gran mayoría, a la aristocracia conservadora, tienen presente el tema de la reciprocidad y tratan de ponerla en práctica. Por tal motivo crean el Instituto de la Universidad de Buenos Aires en París (IUA), con el objeto de que los jóvenes diplomados argentinos se perfeccionen en Francia, y se estimule a profesores argentinos a dar conferencias y cursos en universidades francesas. No obstante, y a pesar de que se exaltaba en todos los discursos oficiales la colaboración argentino-francesa en el dominio de las relaciones intelectuales y artísticas, la IUA no tuvo nunca una actividad real.

A la creación de la Casa Argentina en París, la autora le dedica un extenso pasaje donde nos informa de las difíciles gestiones llevadas a cabo por funcionarios públicos y ciudadanos argentinos, que culminó con su inauguración, el 27 de junio de 1928. El primer Comité de Dirección estuvo presidido por el embajador argentino en Francia, y fue conformado por Otto Bemberg (donante de 1.000.000 de francos para la construcción de la casa), Eduardo Martínez de Hoz, Juan Sauberran y Fernández Anchorena, todos apellidos de conocidas familias tradicionales argentinas.

Sin embargo, en los mismos años '20 se va afirmando en el Quai d'Orsay (Ministerio de Relaciones Exteriores francés) un nuevo tipo de diplomacia, donde el carácter cultural de los intercambios diplomáticos es suplantado paulatinamente por un juego de relaciones antes que nada económicas, política que impregna la estructura de los servicios exteriores. Así, a comienzos de la década del '30, señala Pelosi, es posible constatar el debilitamiento de la acción cultural de Francia, al disminuir los créditos para el Servicio de Expansión artística en el extranjero y para las publicaciones de libros: Francia nunca llegaría a recuperarse del papel asumido hasta entonces, en el que el francés había sido el lenguaje de las elites.

Sin embargo, la enseñanza de la lengua continuó desarrollándose a través de instituciones específicas que continúan hasta nuestros días, como es el caso de la "Alianza Francesa", institución muy activa que cuenta con un público heterogéneo, predominantemente de clase media, y está instalada en diversas provincias con el apoyo del gobierno galo. En sus sedes se organizan cursos para adultos, conferencias, seminarios y diversos tipos de actividades culturales.

La Segunda Guerra Mundial, y el nuevo orden mundial que surgió al finalizar ésta, representó, de todos modos, un golpe para la difusión de la lengua francesa: en el caso de América Latina, el idioma inglés se convirtió en la lengua de hecho para todas las transacciones y negociaciones económicas, y pasó a ser incluido mayoritariamente en los programas de enseñanza de idiomas en las escuelas públicas.

Durante el conflicto bélico, la Argentina, como es conocido, mantuvo una postura neutral, y aunque ésta creó divisiones en el seno de la sociedad se la mantuvo hasta enero de 1944, cuando se rompió relaciones con las potencias del Eje.

Estas medidas de política exterior -señala la autora- van a tener repercusión en el campo de las relaciones académicas franco-argentinas. Así, por ejemplo, cuando se produjo la invasión de Alemania a Francia, el IUP ofreció los claustros de las universidades argentinas a profesores franceses que estuvieran dispuestos a venir al país. Por otra parte, un grupo de personalidades amantes de la cultura francesa creó, en 1942, un "Comité Argentin de Rapports Culturels Franco-Américaines", con el objetivo de organizar visitas de profesores franceses a América Latina y fundar en Buenos Aires un Instituto Francés de Estudios Superiores (IFES), patrocinado por la "École Libre des Hautes Etudes de New York", que recibió numerosas adhesiones del mundo de las letras, de la ciencia y del arte, convirtiéndose en un foco de la cultura francesa en Buenos Aires.

Estas instituciones agrupan durante la guerra a sectores aliadófilos y receptores de la tradición cultural francesa, lo que los enfrenta con la dirección de la Alianza Francesa, cuyo director había sido nombrado por el gobierno colaboracionista de Vichy, y recién cesaría en su cargo con la llegada de De Gaulle al poder.

Con la finalización de la guerra se anuncia la concreción de los esfuerzos que realizara Georges Dumas en años anteriores, a través de la presentación de un proyecto para la creación de una oficina del libro francés en Buenos Aires. Pero esas medidas de recuperación de la influencia cultural francesa parecían estar atrapadas, como lo evidencia Pelosi, en un discurso de preguerra. "La finalización de la Segunda Guerra Mundial termina con el eurocentrismo y el predominio de Estados Unidos reconoce otras causas y una complejidad que no puede ser encarada y enfrentada sólo desde el ángulo de la difusión cultural", reflexiona la autora, para explicar el poco éxito de las mismas.

Dos acontecimientos, no obstante, dan cuenta del lugar que ocupa América Latina en la política cultural y estratégica francesa al finalizar el conflicto bélico. El primero de ellos es la inauguración de la Maison de l'Amerique Latine, en París, fundada en 1930 pero que comienza a funcionar en esos años y tiene por objeto constituirse como espacio social y lugar de encuentro y acogida de los latinoamericanos que visitan París. El segundo acontecimiento tiene fecha: 11 de febrero de 1952, cuando en una reunión del Consejo de la Universidad de París se decide crear el Institut des Hautes Etudes de l'Amerique Latine (IHEAL), pensándolo como un centro de estudios especializados sobre el área. Entre las consideraciones que fundamentan esta creación, se hace referencia a la necesidad de profundizar "el conocimiento del estado actual de América Latina, de su situación política, económica, científica, literaria y artística". Desde 1956 el Instituto encara, a su vez, la edición de una revista y publicaciones propias.

Dentro del país, y en el ámbito económico, cobra fuerza la Cámara de Comercio Francesa en la Argentina, fundada en 1884, que favorece la expansión de las relaciones comerciales, industriales e intelectuales entre ambos países y edita una revista que cuenta como auspiciantes a las firmas francesas establecidas en la Argentina. En los años '50 se firman una serie de acuerdos de tipo comercial y financiero que consolidan las relaciones comerciales, y se establecen cifras récord en ventas de uno hacia otro país y viceversa. Francia compra a la Argentina aceites, granos, maíz, cueros, etc., y le vende productos químicos, materias plásticas, productos siderúrgicos y aluminio, entre otros.

La llegada del General De Gaulle a Buenos Aires en 1964, en un viaje de visita al continente, tuvo como principal objetivo reavivar los antiguos lazos con la Argentina. El presidente Illia recuerda en su discurso de bienvenida "que el pueblo argentino conoce de las largas luchas de vuestro país en favor de la democracia y de la justicia,... condiciones que son también parte fundamental de nuestra lucha".

En esta década, se instalan en la industria automotor dos importantes empresas como Renault y Peugeot, con establecimientos para la fabricación y ensamble de sus modelos. También llegan instituciones bancarias y financieras, comerciales y de servicios y otras vinculadas al sector industrial.

Pero es en años recientes, como la autora señala, que lo económico vuelve a cobrar primacía. La apertura del país a capitales y empresas extranjeras durante el gobierno del Presidente Menem, renueva el interés de Francia por la Argentina, al participar activamente en la primera etapa de las privatizaciones de los servicios públicos argentinos, como en el caso de Edenor, Telecom y Aguas Argentinas, liderados por consorcios donde participan en forma mayoritaria grupos franceses. La creación del Mercosur renueva al mismo tiempo el interés de empresas ya instaladas, como las automotrices.

En el sector energía, a través de un grupo dedicado a la explotación del petróleo, se suscribe un permiso de exploración en la zona patagónica, mientras que la industria farmacéutica, basada en los fuertes lazos con el sistema médico y hospitalario argentino, inspirado en el francés, se relaciona comercial y tecnológicamente con importantes laboratorios de ese origen. En los rubros alimentación, bebidas y distribución, desembarcaron también en este período firmas tradicionales que adquirieron y/o se asociaron con compañías líderes de nuestro país, siendo particularmente dominante la presencia francesa en el sector de los supermercados. Hoteles, seguros, "pret-à-porter" y compañías asociadas a la industria de lujo, a través de diversos nombres y marcas completan esa presencia en la economía argentina.

Pero la tradición de cooperación intelectual y académica, que como nos recuerda Pelosi es el actor principal de su libro, no se ha abandonado, y retoma su vigencia con la creación del Centro Franco-Argentino de Altos Estudios de la Universidad de Buenos Aires, que se propone la elaboración y el desarrollo de proyectos comunes de investigación científica y técnica, intercambio de profesores y otras actividades de posgrado.

En síntesis, el libro resalta una amplia tradición de vínculos entre Francia y la Argentina, en la que el aspecto cultural cobra una importancia que no tiene en el caso de otros países porque respondió, sobre todo en el siglo XIX y hasta mediados del XX, a una política de estado. Y si bien no resulta suficientemente analizada la razón por la cual los interlocutores o "socios" en la gran empresa cultural pertenecieron por lo general a determinadas capas o sectores de las elites gobernantes -lo que explicaría para la autora la posterior declinación de la influencia francesa-, la obra merece una lectura atenta para conocer las diferentes "caras" de una relación enraizada profundamente en nuestra historia.

Lidia Knecher

Ulrich Beck. *La invención de lo político*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1999, 267 páginas.

Tardíamente traducido al castellano, el libro del sociólogo alemán integra, junto con *La sociedad de riesgo* (1986) y *Qué es la globalización* (1997), un conjunto de trabajos sobre los cambios en la sociedad contemporánea, centrados en el concepto de “modernización reflexiva” que el autor ha desarrollado en convergencia con A. Giddens y S. Lash, no sin algún parentesco con el de “modernización inconclusa”, acuñado por J. Habermas.

Dispuesto a polemizar con el neoliberalismo, al cual acusa de ser una reducción economicista de la “globalización”, el sociólogo alemán Ulrich Beck acude a un rescate pleno del concepto, el cual, a su criterio, abriría camino a un fenómeno aún más trascendente: la invención de lo político.

Para el autor, así como la Revolución Francesa, en 1789, abrió las puertas de la “primera modernidad” (o modernidad simple), vale decir, de la sociedad industrial occidental –con su conjunción de capitalismo, democracia, estado de derecho y soberanías nacionales–, Chernobyl y la caída del Muro de Berlín en 1989 habrían marcado el umbral de una nueva época: la de la “modernidad reflexiva” o “segunda modernidad”, basada en la virtual implosión de las instituciones-marco que permitían el transcurso de la vida en la sociedad industrial –Estado-nación, economía racionalmente organizada en base a fines con centro en la tecnología, la conflictividad de clases, la familia nuclear, el trabajo, etc–, implosión que convierte en caducos los criterios de la sociología clásica, tal cual fuera desarrollada por K. Marx, E. Durkheim o M. Weber.

En esta línea de razonamiento, la globalización, las crisis ecológicas, la sociedad sin trabajo, la individualización y, en consonancia con ello, la emergencia de nuevas formas de conducta política, constituirían aspectos esenciales de la sociedad de riesgo, vigentes a partir de la anulación de la distinción entre economía y política, que caracterizara la “primera modernidad”. Vale decir: fruto de su victoria en la Guerra Fría, para Beck Occidente se habría deslizado hacia una crisis que no puede ser comprendida ni resuelta en el marco de las instituciones, categorías e ideas aún vigentes.

Disueltas las polarizaciones “o bien-o” de la sociedad industrial, la globalización –que supone la vigencia de una economía mundial– habría abierto las puertas también para la concreción de una sociedad global inclusiva –la sociedad del “y”– donde algunos rasgos anteriormente contenidos en las instituciones de la modernidad reaparecerían como contramodernidad –la etnicidad, el nacionalismo, etc–, cuya conflictividad sería superable en términos de una radicalización de la modernidad, operación a partir de la cual cobraría sentido la citada invención de lo político.

El autor desarrolla su tesis a lo largo de ocho capítulos, organizados de la manera siguiente: en el cap. 1 aborda la cuestión ecológica como ilustración de la tensión “modernización reflexiva/contramodernización”, donde se dramatizan las

“nuevas realidades” frente a la carencia de una nueva institucionalidad que encause la resolución de los conflictos. Allí, Beck afirma su diagnóstico de la modernización reflexiva no como autorreferencialidad sino como entierro involuntario de la modernización, como su autoaplicación, la cual contra la emergencia de los factores aún incontrolados de la contramodernización, abre también, contra todo pesimismo (rasgo principal que critica en el posmodernismo), la posibilidad de una reforma de la sociedad industrial, basada en el escepticismo como fundamento.

Los cap. 2 y 3 exponen la teoría de la modernización reflexiva en el contexto de la sociedad de riesgo. En el primero, se desarrolla la diferenciación entre la sociedad industrial y la sociedad de riesgo, basada en la emergencia de la incertidumbre como consecuencia de la erosión de los parámetros de racionalidad lineal que caracterizan a la primera (entendida como tecnificación, burocratización, economización, etcétera). Para Beck, al haberse esfumado la confianza en el poderío técnico de la sociedad, se impondría el “reconocimiento de la ambivalencia” (en términos de Z. Bauman), y con ello se anularía la perspectiva de enjuiciamiento y condena con la cual la teoría crítica abordaba los problemas de la modernidad. En lugar de la condena, debiera abrirse paso una teoría de la autocrítica social, vale decir, “un análisis de las líneas de conflicto transversales de una modernidad reflexiva”. En este sentido “la teoría de la sociedad de riesgo es una teoría del conocimiento político de la modernidad progresivamente autocrítica” (es decir, de cómo la sociedad industrial se ve, se critica y se reforma a sí misma).

Pero la teoría de la modernización reflexiva avanzaría más allá, como se expone en el cap. 3. Para Beck, “vivimos en un mundo diferente del mundo en el que pensamos. Vivimos en el mundo del *y*, pensamos en las categorías del *o bien-o* “. La “nueva realidad”, producto no de la crisis sino del triunfo de la modernización occidental, que se suprime y se modifica a sí misma, significa una síntesis involuntaria entre innovación y revolución, concebida esta última no en su acepción tradicional sino como una “revolución de los efectos secundarios”. En su proceso de autoreforma, la modernización no sólo modifica su marco socioindustrial, sino que derrumba la estructura de roles que la modernidad industrial erigió y acorazó. “Se desintegra en la decisión de los individuos. Estos son los ganadores y (!) los perdedores de la modernización reflexiva. Dicho de otra manera: el efecto del efecto secundario es la liberación de los individuos de los roles aprisionantes de las instituciones, el renacimiento de los conceptos como intercambio, subjetividad, conflicto, conocimiento, reflexión, crítica, creatividad” [...] “Las estructuras destruyen estructuras, y así le introducen subjetividad y posibilidades de despliegue de acciones. [...] Esto puede significar decadencia. Y: la invención de lo político”. (pág.56).

De esto se deduce que la modernización reflexiva puede tener como consecuencia más desarrollo (ahora en el contexto de una civilización mundial, democrática y global) o contramodernidad: el neofascismo, los fundamentalismos. Para avanzar por el primer camino se deben abandonar los marcos de las instituciones anticuadas existentes de la modernidad simple, abandonar los criterios de la

política aún vigentes con sus metas de soberanía nacional estatal, crecimiento económico, pleno empleo y seguridad social, así como el de los partidos que hacen referencia a esas metas y las coordinadas derecha-izquierda de la política. "Más allá de la naturaleza, Dios, los altares, la verdad, la causalidad, yo, ello y super yo, comienza 'el arte de la vida'". Polemizando con Horkheimer y Adorno y su "dialéctica de la ilustración", para Beck el carácter autoreflexivo de la modernización permite eliminar los riesgos crecientes de alienación advertidos y temidos por aquellos filósofos ante los avances de una racionalización sin sujeto. Lejos de ello, con una dinámica propia que pulveriza la carcaza de la sociedad industrial moderna, la modernidad ha generado, sin dolor, una "segunda modernidad", una nueva sociedad, parida sin revolución, contrariando así los parámetros de cambio social aceptados por la sociología hasta hoy. "Por lo tanto, ni la teoría de las crisis, ni la de clases, ni la teoría del derrumbe, sino la teoría de la desintegración y de la sustitución de la modernización industrial, involuntaria, latente, a través de la aparentemente evidente: modernización normal con dinámica propia".

De tal manera, "la modernización reflexiva desintegra y sustituye los supuestos culturales de las clases sociales por formas de la individualización de la desigualdad social" que se agudiza, al disiparse los marcos temporales, espaciales y sociales que aquellos conllevaban. Así, "ya no se pueden inferir de la posición en el proceso de la producción y el trabajo las formas de vida, las condiciones de vida, los estilos de vida de las personas[...] las instituciones sociales -el derecho familiar y social, pero también los sindicatos y los partidos políticos- se ven despojadas del ordenamiento socioestructural sobre el cual se organizan". La erosión de los roles de los hombres y las mujeres anula las bases familiares de la sociedad industrial. Consecuentemente, los problemas de diferenciación funcional se convierten en problemas de coordinación funcional, de entramado, de síntesis.

Al mismo tiempo, se rompe con la hipótesis del crecimiento lineal de la racionalidad, y su lado sombrío de autoamenaza, abriéndose paso el drama del conflicto de riesgo. "Como motor del cambio social ya no es válida la racionalidad con arreglo a fines [como en la teoría de la modernización simple] sino los efectos concomitantes: riesgos, peligros [descontrol atómico, catástrofes ecológicas] individualización, globalización" (p.63). En el plano político, disueltas las coordenadas de izquierda-derecha de la "primera modernidad", la modernidad reflexiva transcurre sobre el desarrollo de las dicotomías seguro-inseguro, adentro-afuera, y político-apolítico.

Para Beck, la sociología de la modernización simple elevó erróneamente la sociedad industrial a la condición de sociedad moderna, y por tanto universal, cuando, en realidad, combinó en su construcción elementos modernos y contramodernos. "El universalismo de los derechos civiles y humanos es otorgado o negado de acuerdo con criterios nacionales; la sociedad de mercado está basada en familias, [...] los burgueses dijeron "humanidad" pero en el mejor de los casos quisieron decir "nación". La democracia hizo su aparición siempre y sólo como democracia nacional [...] Su pretensión universalista nunca fue políticamente no nacio-

nal". Contrariamente a ello, la sociología de la modernización reflexiva descubre a la sociedad industrial como una simbiosis, históricamente contradictoria, entre modernidad y contramodernidad.

Este último rasgo es analizado en el cap. 4, donde Beck analiza los conceptos de nación, pueblo, naturaleza, hombre, mujer, como elementos que se contradicen con la modernidad, limitantes en la conformación de sus estructuras que, al ser amenazados por la dinámica autodestructora de la modernidad, se activan conscientemente buscando modos de legitimación contramodernos, pretendiendo asegurar lo que la modernidad desmantela y deslegitima: la tradición, la naturaleza, la religión, la nación, etcétera. "En Europa, probablemente no por casualidad, coincidieron dos eventos: la supresión de las fronteras y las explosiones militantes de xenofobia que intentan restablecer las fronteras perdidas de un modo incendiario". Pero para Beck, "si la sociedad global está caracterizada por la interdependencia económica, el entramado de los mass media, la movilidad espacial y la estandarización cultural", esto "esfuma las posibilidades *del o bien-o* nacional, y las vaguedades del *y* aumentan y dividen" (pp.104-105).

El cap. 5 desarrolla el problema de la individualización, conceptualizado como desarrollo de la subpolítica dentro de la modernización reflexiva. Los individuos regresan a la sociedad, liberados de las formas de vida de la sociedad industrial. En ésta, se concebían "formas de vida colectivas, encajadas unas en otras como las muñecas rusas. La clase presupone la familia nuclear, ésta los roles sexuales, éstos la división del trabajo entre hombres y mujeres, ésta presupone el matrimonio", etc. Inversamente, "individualización" significa, siguiendo a Giddens, desintegración y sustitución de esas formas por otras, en las que los individuos deben producir y escenificar su propia biografía; ya no son "actores del rol", como los ha considerado hasta ahora la sociología. Esto supone un renacimiento no institucional de lo político, como mundo de la práctica política cotidiana, donde renacen las iniciativas ciudadanas. "Los individuos aún comparte viejas formas e instituciones, pero también se retiran de ellas... a otros nichos de actividad y de identidad". Así surgen, para Beck, procesos de "individualidad comprensivamente asegurada...(no para todos, pero sí para la mayoría)" en algunos Estados, "particularmente Suecia, Suiza y Alemania Occidental", mientras que, por otro lado, también se produce una "individualización de la pobreza" en los países del Tercer Mundo, que "conduce a inquietudes de una dimensión totalmente diferente".

Los restantes capítulos abordan la invención de lo político desde la perspectiva filosófico-ética y de la teoría del conocimiento, que sustentan a los conceptos "individualización" y "subpolítica" como manifestación de la antinomia político-no político.

En el cap. 6 Beck analiza el modo según el cual los problemas de la diferenciación funcional de las distintas esferas de acción de la modernidad "autonomizadas" (naturaleza, tecnología, etcétera) derivan en un entramado de sistemas, el cual permite ambivalencias emergentes de problemas de coordinación y fusión de sistemas parciales diferenciados (así como de sus "códigos comunicativos"), reto-

mando la problemática encarada por Luhman y Habermas. Y, en el cap. 7 delinea los ejes y las nuevas dicotomías (seguridad-inseguridad; adentro- afuera; político-no político), que según su criterio avanzan más allá de las distinciones izquierda-derecha, que ordenaban lo político durante la “primera modernidad”.

Por último, el autor despliega su perspectiva desde la teoría del conocimiento, basado en el constructivismo, el reemplazo de la realidad objetiva por la postulación de una multiplicidad de realidades, creadas por el lenguaje, y el escepticismo como filosofía y programa político.

Sin duda, son necesarios estudios que aborden en su complejidad y multideterminación las transformaciones que se vienen sucediendo en las distintas sociedades a partir de los cambios introducidos en la producción y la organización de la vida material y social por las nuevas tecnologías, particularmente a nivel de las comunicaciones, etc. Sin embargo, lejos de satisfacer esa necesidad, el trabajo de Beck -pese a su tono de “desacralización”- incurre en el “pecado” posmoderno de considerar que “ya fue” una dinámica de comportamiento que sigue siendo sustancial al capitalismo contemporáneo, dinámica según la cual la tendencia a la globalidad a la que tienden los grandes monopolios y los Estados dominantes bajo cuya protección expanden sus negocios -pretendiendo licuar la soberanía política y las identidades sociales colectivas de los pueblos, naciones y Estados sobre los que realizan dicha expansión- no puede escindirse de la tendencia contrapuesta, antagónica, a la soberanía política y la autodeterminación de dichos pueblos, naciones o estados. En todo caso, es esta propia dinámica contradictoria lo irreversible dentro del capitalismo, no una sola de sus caras. Esa absolutización de la globalización (¿acaso un nuevo “dogmatismo”, otro “fundamentalismo”?) da como vigentes una economía y una sociedad mundial. Y, más aún, esa presunta “sociedad mundial” carecería de unidad. Para Beck, es una “pluralidad sin unidad” que evolucionaría hacia un capitalismo globalmente desorganizado, dado que se desembarazó de los corsés nacionales de la “primera modernidad”, la cual tampoco requería ningún poder hegemónico ni ningún régimen internacional, económico o político. Aquí, en esta absolutización especulativa y en sus falsos supuestos, naufraga el esfuerzo teórico del autor, incapaz de restituir en su discurso la unidad real del conjunto de determinaciones económicas, políticas, sociales e ideológicas (complejas, múltiples e interrelacionadas) que operan en la realidad mundial contemporánea.

Jorge Hugo Carrizo

Hilda Sábato (coordinadora). *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*. El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica, México, 1999, 449 páginas.

En el texto de José Manuel Álvarez *La lucha por la salud*, publicado en 1896, el tema excluyente es la necesidad de contribuir a la toma de conciencia acerca de los problemas que acarrearán a la higiene de la población las debacles políticas. El nuevo discurso sanitario utiliza los datos estadísticos para señalar los perjuicios que ocasiona a la salud la inestabilidad política y los enfrentamientos bélicos. Si se tiene en cuenta que la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Córdoba es creada en 1878, cuando habían transcurrido sólo ocho años de la rebelión encabezada por López Jordán, que en 1874 Mitre se levantaba contra el gobierno nacional luego del triunfo electoral de Avellaneda y que en 1880 era vencido Tejedor, puede entenderse el interés demostrado por descalificar estas conductas *sediciosas* apelando a los informes que proporcionan las instituciones dedicadas al problema sanitario. Esto forma parte de una economía discursiva que procura que estos movimientos revolucionarios sean los últimos incidentes de los conflictos surgidos a partir de 1810.

En realidad, en Argentina los dispositivos son implantados para evitar las tiranías y controlar a la democracia. Conscientes de que no se puede dejar el futuro librado al *azar* de la evolución como pretendía Spencer, quienes gobiernan el país luego de Caseros idean estrategias destinadas a afianzar el triunfo de la civilización. Sin embargo, la palabra *civilización* no alude, en este caso, al conjunto de ideas y costumbres que caracterizan el grado de adelanto de un pueblo sino que se ha extendido su campo semántico a todo lo referente a las instituciones de la patria. Se cree que el triunfo sobre la barbarie sólo se conseguirá cuando la sociedad regule las conductas que aseguran la persistencia de las instituciones republicanas. Se trata entonces de convertir a los pobladores del país en ciudadanos. Pero ¿cuál es el modelo del ciudadano deseado? En la inteligente introducción que vertebra el libro *Ciudadanía política y formación de las naciones*, Hilda Sábato destaca que "... mientras el énfasis de la ciudadanía liberal está puesto en la titularidad y en el ejercicio de los derechos individuales en función de la búsqueda del interés propio de cada ciudadano, la visión clásica supone la participación de éste en la comunidad política en aras del bien común". Queda claro que la invención de la ciudadanía es un tema primordial en la construcción de las nuevas repúblicas. Los matices en la delimitación de la ciudadanía política se convierten en el pretexto tomado por los autores reunidos en esta compilación para reflexionar sobre los distintos modelos políticos y su viabilidad en el período que va desde 1808 hasta la primera mitad del siglo xx. Quien tiene la responsabilidad de desentrañar esta problemática partiendo de la tradición hispánica, sopesando esta herencia en la formación de las nuevas comunidades es François-Xavier Guerra. Su trabajo destaca la distancia existente entre una ciudadanía premoderna, de concepción corporativa y una moderna en la que el vecino no se pierde en el ano-

concepción corporativa y una moderna en la que el vecino no se pierde en el anonimato sino que, por el contrario, emerge como un individuo concreto y territorializado. Para este autor el clivaje se encuentra en la Constitución de Cádiz, la cual recibe la impronta del modelo de la Revolución francesa y en menor medida, la de los Estados Unidos, en la que es forjado el perfil del ciudadano moderno.

En segundo término, Antonio Annino discurre acerca de la relación entre la ciudadanía y la gobernabilidad en México. Para las elites liberales ésta sólo era posible en países modernos en los que la madurez política de la población estaría garantizada por la educación. Se consideraba países modernos a aquellos que podían presumir de contar con una cultura europea. ¿Qué sucede entonces cuando la masa de la población, como en el caso de México, es una poderosa manifestación de la pervivencia de las tradiciones aborígenes? Esto colocaría a la mayoría de la población, a los ojos del liberalismo gobernante, en un estado de minoridad que los marginaría automáticamente de la participación en los procesos políticos. En su artículo Annino tratará de demostrar cómo la esencia de la ciudadanía liberal se difundió aun antes de la independencia, destacando la capacidad de las comunidades indígenas de rescatar los principios liberales para defenderse de los avances realizados por el estado sobre sus derechos. Este sincretismo cultural, realidad que por palpable y visible parece nunca haber sido lo suficientemente valorada por los historiadores, es lo que permite concluir a Annino que la difusión del ideario liberal fue, a su vez, lo que dificultó la gobernabilidad de la República. Este artículo incita a reflexionar sobre aquella afirmación de Octavio Paz acerca de que "Durante más de un siglo los mestizos hemos vivido de las sobras de los banquetes intelectuales de los europeos y norteamericanos".

Es José Carlos Chiaramonte quien firma el último trabajo de la trilogía dedicada a "Los orígenes del problema". Aquí se perfila una polémica a partir de la afirmación del autor acerca de la excesiva importancia otorgada por la mayoría de los historiadores a la influencia ejercida por los pensadores de la Ilustración. Esta quimera sería el resultado de una lectura determinada por la necesidad de dar coherencia ideológica al estado moderno, acudiendo para ello al montaje de una genealogía del pensamiento libertario americano en la que lo francés ocuparía un lugar desmesurado.

En la segunda parte de este libro, "Formas de representación y de participación pública", el trabajo de Carlos A. Forment acerca de la sociedad civil en el Perú del siglo XIX, se pregunta sobre el carácter de la comunidad, si era democrática o disciplinaria, para lo cual discurre acerca del modelo habermasiano de construcción de la esfera pública. Por otra parte, reflexiona en torno a las posibilidades de desarrollo de una sociedad civil que favoreciera la instauración de *regímenes de verdad* y, consecuentemente, una tiranía de la mayoría, de acuerdo con las formulaciones de Michel Foucault. Todo esto sin dejar de lado los posibles puntos de acuerdo entre ambos autores. Sin embargo, el pensador que le resulta imprescindible a la hora de hacer una evaluación sobre la viabilidad de la democracia peruana es Alexis de Tocqueville, cuyos escritos sirven de referencia insola-

yable para afirmar que la democracia “como forma de vida arraigada en la igualdad y la libertad, estaba ya generalizada en este período...”.

Después de Caseros el gobierno argentino pretendió asentar al estado sobre una nueva moral cívica que debía convertirse, de acuerdo a lo planeado por sus autores, en el reaseguro contra las ideas disolventes que caracterizaban el accionar de ciertos sectores sociales. Sin embargo, en su artículo “Los clubes electorales durante la secesión del Estado de Buenos Aires (1852-1861)”, Pilar González Bernaldo desafía a la historiografía argentina en lo que se refiere al principio de continuidad que se habría dado en las asociaciones políticas entre 1852 y 1880. La autora sostiene que “...los clubes son mucho menos un instrumento de fraude de los partidos políticos que un instrumento de mediación entre las instituciones representativas una sociedad en buena medida negada por estas instituciones”. Resulta interesante rescatar la transformación experimentada por las movilizaciones populares, las que habiendo cumplido un papel destacado durante el período rosista, son resignificadas por los liberales como fuerzas de presión imprescindibles en el momento de definir las candidaturas políticas. Como otras costumbres e instituciones que encuentran su origen en un pasado más o menos remoto, la modernización las rehabilitará en pos del orden y la legitimidad deseada por un estado en el que el control y la centralización son puestos al día.

Hacia fines del siglo XIX, con la llegada del aluvión inmigratorio, se impone, de hecho, una redefinición del alcance del término ciudadano. Y esta no es una cuestión menor, si se tiene en cuenta que es a ellos a quienes recurren algunos sectores para poder fortalecer su sitio dentro del esquema político del momento. Como lo señala Marta Bonaudo, ante el desafío que significa constituirse en un partido de oposición al gobernante “la prédica apela, a veces indistintamente, al ‘ciudadano’ y al ‘vecino’, superponiendo o asimilando identidades. La intención es, sin duda, activar la participación de esos hombres ‘libres’, ‘independientes’ y ‘honestos’. El problema es que muchos de ellos, por su condición de extranjeros no naturalizados, sólo pueden operar en el espacio local”. Nuevamente se acude a la antinomia *inmigrantes-hijos del país* en la que los extranjeros vienen a ocupar, en el imaginario local, el sitio que les corresponde a los nativos. El cuestionamiento se construye a partir de la utilización de un paradigma de desterritorialización,¹ según el cual el inmigrante es un huésped pasajero al que no lo une otro vínculo con el lugar mas que la necesidad económica. El no haber nacido en Argentina lo inhibe para dedicarse a tareas administrativas porque violaría el tabú acerca de la participación de extraños en la cosa pública. Pero, como lo señala la autora del artículo, sólo se trataría de la predisposición de cierta dirigencia por restablecer formas tradicionales de relaciones políticas en un partido que cuenta con propuestas modernizantes.

1. Tomamos esta idea de Marc Angenot, *Interdiscursividades. De hegemonía y disidencias*, Córdoba, Editorial Universidad Nacional de Córdoba, 1998, pp.183.

Carvalho afirma que el debate sobre la ciudadanía en América Latina del siglo XIX se ocupó de la naturaleza de la participación electoral. Ya durante su viaje por Europa, Sarmiento desaprobaba la distancia existente en Francia entre la ciudadanía civil y la política: "La Francia tiene 35.000.000 de habitantes i 270.000 electores, elejidos según lo que poseen i no según lo que saben; el sabio que no paga impuestos no entra en el país electoral (...) Toca, pues, un diputado cada 490 electores. Ya Ud. Ve que 490 personas no es un ganado tan arisco que no pueda amansársele por los dones, por los favores". Opiniones como ésta han hecho escuela en el campo de la historia de las ideas. Por esta razón, Murilo de Carvalho propone realizar una aproximación exenta de prejuicios con el fin de comprender una tradición política diferente de la que, con el tiempo, se transformaría en hegemónica. Para esto busca mostrar cómo el estado brasileño realizó distintas tentativas para atraer a la población a la esfera pública y despertar el sentimiento de pertenencia a la comunidad.

En otro de los estudios Gerardo Gaetano se ocupa de la expansión de la ciudadanía política en el Uruguay del primer batllismo, en donde el proyecto reformista pretende consolidar un Estado de fuerte contenido integrador. Los partidos políticos fueron quienes mediaron entre una sociedad civil, carente de corporaciones fuertes, y un espacio público regido monopólicamente por el Estado. Blancos y colorados, ambos de cuño liberal, se convierten en una excepción en la historia latinoamericana al sustraerse a la típica oposición liberal-conservadora. La importancia de esta original matriz reside en el hecho de haberse convertido en un legado activo en el panorama político del siglo XX.

En este libro también participan Marcela Ternavasio, Eduardo Posada Carbó, Francisco Gutiérrez Sanín, Víctor Peralta Ruiz, Carmen McEvoy, Marta Irurozqui, Marcello Carmagnani, Alicia Hernández Chávez, de cuyos trabajos no hemos dado cuentas no por falta de méritos sino de espacio. Esta edición resulta un estimulante desafío intelectual para repensar el concepto de ciudadanía. Es de destacar el esfuerzo realizado por el *Fideicomiso Historia de las Américas* para hacer llegar a todos aquellos que se encuentren interesados en este tema las conclusiones del seminario que tuvo lugar en Bogotá en 1995.

Del Epílogo de Gonzalo Sánchez Gómez tomamos el siguiente párrafo como cierre a estos comentarios: "A diferencia del siglo XIX, cuando la expansión de los partidos y la expansión de la ciudadanía eran vistos como procesos paralelos, hoy la participación y la representación políticas presuponen a menudo la superación de los partidos tradicionales e incluso la suplantación pura y simple de la forma de partido, como forma paradigmática o natural de la participación o incorporación."

Pablo Levín. *El Capital Tecnológico*. EUDEBA, Buenos Aires, 1999

1. Esclareciendo falsos dilemas

Para comprender el alcance de *El Capital Tecnológico*, es necesario retrotraernos en la historia del pensamiento económico, dado que el aporte más significativo de este ensayo consiste en superar los enfoques doctrinarios particulares de la economía política (neoclásicos, clásicos y marxistas). Para ello, Pablo Levín retoma pistas olvidadas de las obras fundamentales de la economía política y con ellas pone en movimiento los conceptos fundamentales de esta ciencia (la mercancía, el dinero y el capital), exponiendo transiciones hasta el momento inadvertidas.

La economía política nació como la ciencia encargada de pensar las relaciones sociales propias de la "sociedad moderna" (capitalista). Ya Smith y Ricardo encontraron que la relación fundamental sobre la que se erige el sistema capitalista, es decir, la piedra de toque que sostiene y tiñe con el reflejo de sus colores las categorías más complejas de la producción capitalista, era la mercancía. El dinero, el capital, la división del trabajo, el crédito, los tipos cambiarios, la estructura de tasas de interés, la renta de la tierra, los salarios y la ganancia del empresario, etcétera, todas estas categorías económicas presuponen la relación mercantil. La economía política se presentaba a sí misma, entonces, como la ciencia cuyo objeto abarcaba la totalidad de la sociedad capitalista, y cuyo punto de partida se encontraba en la mercancía.

Los primeros pasos fueron dados (tal vez sin proponérselo) por los autores mercantilistas, quienes encontraban en la relación entre la oferta y la demanda (que usualmente denominaban "escasez"), la regularidad que explica el comportamiento de las mercancías particulares y del sistema en su conjunto. De los dos ámbitos de la producción capitalista (la transformación material y la circulación), su cosmovisión se limitaba, en lo que hace al proceso de formación de precios, exclusivamente a la esfera de la circulación.

Smith primero, y luego Ricardo, retomaron el aporte de los mercantilistas depurándolo: "las mercancías poseen, antes que nada, un valor de uso y un valor de cambio". Pero comprendieron que el grano de verdad expuesto por sus predecesores no agotaba el objeto de estudio. Tal como afirmaban los mercantilistas, los precios (empíricos) se regulan por la ley de la oferta y la demanda: éstos tienen una tendencia a equilibrar los mercados, por lo que si la oferta supera a la demanda, el precio (empírico) se reducirá y viceversa. Pero lo que los clásicos descubrieron es que cuando finaliza este primer ajuste (que llamamos "mercantilista" o "neoclásico") que despeja los mercados, se dispara un nuevo ajuste, que esta vez es de otro tipo: las cantidades producidas para ser llevadas al mercado en la próxima ronda sufrirán variaciones hacia la suba o hacia la baja, siguiendo la lógica de una ley hasta el momento ignorada por los mercantilistas. Los clásicos encontraron en la economía de esfuerzos (que llamamos "principio del valor") la ley que rige este segundo ajuste.

De este modo, la ley de la oferta y la demanda determina inmediatamente los precios relativos que equilibran el mercado (corto plazo), mientras que mediatamente los productores varían la cantidad producida (en el largo plazo) según el tiempo de trabajo que les signifique reproducir cada una de las mercancías al alcance de su dominio técnico, lo cual repercutirá recién en la próxima ronda de mercado, cuando sus productos estén en oferta. Se impone así una distinción fundamental, que ni los mercantilistas ni el economista profesional contemporáneo mantienen con firmeza: no existe un único “equilibrio” sino dos. Uno es el “equilibrio del mercado”, postulado por los mercantilistas y estudiado exhaustivamente por la escuela neoclásica (claro está que a su vez el equilibrio del mercado puede escindirse analíticamente en parcial o general, pleno o temporario, etcétera). Este equilibrio se regula exclusivamente por el ajuste de la oferta y la demanda (principio de “demanda neta” para Don Patinkin). El otro es el “equilibrio del sistema”, cuyo ajuste se produce por el principio del valor, cuya relevancia para el estudio de la economía fue descubierta por los autores clásicos. Un aporte central del libro de Pablo Levín consiste en esclarecer la unidad y la diferencia entre ambos equilibrios, dado que de la síntesis del principio de demanda neta y el principio del valor nace un nuevo y revolucionario concepto que finiquita las falsas discusiones que nutren el debate teórico fundamental de la ciencia económica desde la muerte de Carlos Marx.

Si “el principio de demanda neta” determina el “equilibrio del mercado”, y el “principio del valor” determina las cantidades relativas de mercancías que serán producidas... ¿qué sentido tiene el plantear como contrapuestas dos teorías (una la mercantilista y/o neoclásica y otra la clásica y luego marxiana) cuando, en verdad, son dos caras igualmente necesarias de un mismo proceso de formación de precios? El principio de demanda neta (neoclásicos) opera para despejar los mercados, de modo que ningún comprador y ningún vendedor se retire del mercado sin haber realizado su compra y su venta (respectivamente), proceso del cual surgirá un vector de precios empíricos que, si el ajuste tuvo lugar, coincidirá con el vector de precios de equilibrio. Pero luego los agentes se retiran del mercado y se dirigen a sus talleres productivos, y es aquí donde pierde operatividad el “principio de demanda neta” y comienza el reinado del “principio del valor”, puesto que se deben tomar las decisiones de producción: el productor sopesará esfuerzos relativos (cantidades relativas de tiempo necesario para reproducir cada una de las mercancías que están en su dominio técnico) con precios relativos, y de este simple ejercicio de estática comparativa (es decir: ¡comportándose neoclásicamente!) resultarán sus decisiones sobre qué mercancías le es conveniente producir, lo cual a su vez modificará las dotaciones relativas de mercancías que le serán llevadas al “rematador walrasiano” en la próxima ronda de mercado, y de cuyo proceso de *tatonnement* resultará un vector de precios relativos que ... ¡tiende a ajustarse a los valores relativos (clásicos, Marx). Las premisas (comportamiento racional, mercancías carentes de toda determinación que no sea el valor de uso y el precio, etcétera) son cien por ciento neoclásicas: el productor se guía por un vec-

tor de precios relativos y actúa en consonancia: suponiendo una especialización absoluta y un dominio técnico de sólo dos productos (supuestos ambos fácilmente removibles), elegirá para producir aquel producto para el cual posea "ventajas comparativas", es decir, cuyo precio relativo sea mayor comparativamente a su cociente de esfuerzo individual relativo para producir dicha mercancía ("valores individuales"). Si todos los productores se comportan (racionalmente) según el mismo criterio, y suponiendo que los esfuerzos relativos para producir los distintos bienes no es idéntico para todos los productores de la economía, entonces hemos demostrado que los precios relativos tienden, a medida que se suceden nuevas rondas de mercado, a los valores relativos, es decir a los tiempos de trabajo relativos socialmente necesarios para reproducir las mercancías.

2. De la mercancía al capital

Una vez que el lector de *El Capital Tecnológico* hubo comprendido el lugar conceptual que le cabe en la teoría de la mercancía al principio de la demanda neta (mercantilista y neoclásico) y al principio del valor (clásicos, Marx), y que éstos no son excluyentes sino mutuamente necesarios para explicar el mecanismo de formación de precios, muy posiblemente le surgirá la siguiente pregunta: ¿cómo es posible, entonces, que durante un siglo y medio las distintas corrientes económicas no hayan reparado en su carácter complementario? La respuesta, por asombroso que parezca, abre una nueva puerta de desarrollo conceptual. Pero esta vez la protagonista no será (solamente) la mercancía, sino la figura más polémica del pensamiento económico: el capital.

Sí, el capital. En efecto, la economía política nació del vientre de la Ilustración, y mamó de ella el método de las ciencias sociales. Para el pensamiento ilustrado-cabalmente expuesto en la obra de Immanuel Kant- el conocimiento tiene en (la experiencia de) los sentidos su punto de partida. Y, volviendo a nuestro tema, es evidente que las estructuras contemporáneas del capital no son las mismas que las de mediados del siglo XIX. No obstante ello, la ciencia económica no ha podido, desde la muerte de Carlos Marx, fundar una síntesis que supere los enfoques particulares de las distintas escuelas.

Lo cierto es que las condiciones históricas arrojan nueva luz sobre los conceptos económicos. Tal es lo ocurrido con el desarrollo inusitado del capital a lo largo del siglo y medio que corrió desde la muerte de Marx hasta nuestros días. Si la ciencia económica no estaba en aquel entonces en condiciones de resolver la falsa discusión entre el "principio de demanda neta" y el "principio del valor" (discusión que cobró la forma de la controversia entre la "teoría subjetiva" y la "teoría objetiva del valor") se debía a que el objeto de estudio (la mercancía del capital) aún no había mostrado todo su desarrollo. ¿Qué es lo que permanecía oculto?

3. *Del capital (homogéneo) al capital diferenciado*

Lo que hace más atractiva a la obra de Pablo Levín es su insolencia. Porque después de brindarle al lector (que por la originalidad de sus planteos bien puede ser un economista profesional, un académico ya consagrado o un lego con inquietudes intelectuales) las claves necesarias para comprender el funcionamiento de la mercancía ("las leyes del mercado"), y con ella el movimiento de la sociedad moderna, echa mano al recurso más valioso de la economía política, a saber, el estudio de los rasgos históricos ("específicos") de las categorías económicas, para asestar un golpe frontal a la teoría económica contemporánea. No nos referimos a la teoría neoclásica, ni a la clásica, y tampoco a la marxista, sino a las tres conjuntamente y, más precisamente, a la "síntesis inmanente" del proceso de formación de precios expuesta (brevemente) en la sección primera del presente trabajo.

La tesis es que hoy en día la mercancía es, pero a la vez no es, mercancía. Es decir: desde mediados del siglo xx se han producido violentas transformaciones en la estructura del capital, las cuales han objetivado nuevos rasgos (específicos, históricos) a la relación sobre la que se basa la sociedad capitalista, la mercancía. Las nuevas configuraciones del capital reciben el nombre de "subsistemas de capital diferenciado", y dan cuenta de una nueva faceta del desarrollo del sistema capitalista, que consiste en la diferenciación o escisión del capital industrial en "capital simple" y "capital potenciado tecnológicamente". Este proceso de diferenciación del capital, que asoma su cabeza en esta (nuestra) época, resquebrajando los cimientos de la sociedad civil y su contrafigura necesaria, el Estado jurídico (*Rechtsstaat*), marca un hito de trascendencia únicamente comparable en la historia del capitalismo con la transición del capitalismo comercial al capitalismo industrial.

El evento desencadenante de esta brutal transformación en la economía (mundial, capitalista) es la captura por parte de un segmento definido de empresas de capital de la capacidad de crear y recrear nuevas técnicas de producción, capacidad que hasta mediados del siglo xx se encontraba dispersa entre la multitud de productores de la humanidad. El resultado de este proceso es que la implementación de innovaciones en las técnicas productivas con las cuales opera la totalidad del sistema se halla mediada por la estrategia planificada que la empresa transnacional ejerce sobre el cambio tecnológico (vía su "departamento de R&D", la adquisición, fusión o "joint-venture" con pequeñas firmas cerebro intensivas –principalmente norteamericanas, pero también europeas y asiáticas–, los contratos con universidades dedicadas a investigación fundamental, etcétera). Sólo las grandes transnacionales poseen las capacidades científicas y productivas, el palanqueo crediticio y las redes de comercialización y de distribución necesarias para innovar sistemáticamente en productos y procesos productivos, logrando con ello interponer reales y renovadas barreras a la entrada de competidores, y obteniendo, de este modo, una tasa de ganancia extraordinaria, no sólo "fortuita y fugazmente" sino autosostenida en el tiempo.

Y es justamente la aparición de estas nuevas estructuras del capital la que torna anacrónica la teoría de la mercancía resultante de la síntesis del pensamiento mercantilista (y neoclásico) por un lado, y clásico, por el otro.

La clave para comprender las transformaciones que sufre la Mercancía en el mundo contemporáneo, es decir, la aparición de nuevas formas de transacción económica, es el viejo principio clásico de "reproducción". Los clásicos primero, y luego Marx, se valieron de este principio para explicar cómo en el largo plazo las tasas de ganancia en las distintas ramas productivas tendían a igualarse: si los precios relativos son tales que arrojan tasas de ganancia significativamente distintas, entonces se producirá una transferencia de recursos entre las distintas ramas de producción, con el consiguiente resultado de que los precios de mercado se moverán en dirección a la igualación de las tasas de ganancia. Ahora bien, dado que unas pocas empresas de capital poseen las capacidades para recrear tecnologías, se reconfigura toda la producción capitalista en subsistemas de capital diferenciado. Estos subsistemas son espacios económicos que abarcan una multiplicidad orgánica de trabajos particulares del tipo input-output. La estrategia de la empresa transnacional de capital tecnológicamente potenciado consiste entonces en elevar a ultranza su tasa de ganancia delegando a las empresas de capital simple las tareas productivas que son reproducibles por terceros, mientras que conserva para sí aquellas otras tareas que gracias a su componente tecnológico, no son pasibles de ser reproducidas por terceros. El resultado inmediato es la reconfiguración del universo de empresas de capital en lo que Levín denomina una "estructura polar" (dos caras de una misma moneda) que consta, por un lado, de empresas cuya capacidad de valorización se halla potenciada por el control de las fuentes tecnológicas, y, por el otro, de un inmenso grupo de empresas relegadas a las labores reproductivas, y que cuyo capital, si bien les pertenece, no valoriza en su totalidad para ellas, sino principalmente para las empresas de capital potenciado. De este modo, la producción capitalista adopta la forma de subsistemas en los cuales existen capitales con distinto poder de gestión unos sobre los otros: en la cima de la pirámide se ubica la gran empresa transnacional, que cuenta con la capacidad de renovar sistemáticamente las técnicas productivas, y en la base se ubican las pequeñas y medianas empresas (usualmente proveedoras de la transnacional) cuya tasa de ganancia se acerca a la nulidad.

Una vez que un puñado de empresas se hubo apropiado de la capacidad de crear nuevas técnicas productivas, goza de una doble capacidad de potenciar su capital: por un lado, la posibilidad de refugiarse en actividades innovadoras, las cuales por su propia naturaleza escapan a la ley tendencial de igualación de las tasas de ganancia y, por el otro, el poder de gestión sobre los capitales jerárquicamente subordinados del subsistema. Este último se expresa bajo un sinfín de relaciones económicas distintas a la mercancía pura. Se trata de transacciones entre empresas de capital propicias para objetivar relaciones directas de acumulación entre las firmas: todas valorizan capital, pero algunas lo hacen para su capital (firmas de capital potenciado) mientras que otras lo hacen para el capital de

otras (firmas de capital simple). La mercancía pura (la mercancía que opera según los principios de “demanda neta” y de “reproducción”), caracterizada por la libertad e igualdad entre los distintos agentes, se recluye en el ámbito de las transacciones entre el subsistema y los consumidores finales, mientras que en el interior de los subsistemas de capital diferenciado rige el poder desigual entre las partes, lo cual exacerba el desarrollo de una multiplicidad de formas mercantiles impuras, que usualmente se manifiestan en “contratos de adhesión”: imposición (unilateral) de precios, precios determinados de acuerdo a concurso entre proveedores, tercerización del compromiso de capital y de la obsolescencia tecnológica hacia las firmas de capital simple, etcétera.

En conclusión, y utilizando las palabras del propio Levín, “finalmente la empresa de capital pierde su carácter autónomo, independiente. La unidad del capital es el subsistema jerárquico”.

Guido Cataife

Robert Rollinat. *La nouvelle histoire économique*. Ediciones Liris, París, 1997, 256 páginas.

En Francia, varios economistas se sorprendieron en alguna medida por la adjudicación, en 1993, del Premio Nobel de Economía a dos historiadores económicos norteamericanos, desconocidos en Europa: R.W. Fogel y D.C. North, dos de los “padres fundadores” de la *new economic history*. En un principio, uno de los méritos de la obra de Robert Rollinat es hacernos recordar los debates analíticos que han conducido a los Estados Unidos, hacia fines de los años '60, al desarrollo de esta “cliometría”. Con los nuevos datos obtenidos gracias al perfeccionamiento de los métodos estadísticos y a la aplicación de los conceptos de la teoría económica a los grandes períodos de la historia norteamericana, el objetivo pasa por cuestionar el método de la historia económica tradicional, considerado obsoleto e “impresionista”.

El autor analiza de esta forma las reinterpretaciones más conocidas de la cliometría de los orígenes: la de Thomas discutiendo los fundamentos económicos y comerciales de la Independencia norteamericana; la de Fogel sobre la historia económica de los Estados Unidos, dirigidas particularmente a cuestionar la tesis de Rostow sobre “la indispensabilidad” de los ferrocarriles para el desarrollo del país, reafirmando la eficiencia económica del sistema de plantación esclavista; la de Claudia Goldin, tendiente a demostrar que hubiese sido económicamente racional evitar la Guerra de Secesión, ya que su costo fue más importante que sus “beneficios”, etcétera. El autor retoma las críticas de la época dirigidas hacia ciertas formas de ese “neo-positivismo” aplicado a la historia. Recuerda que el uso del método de costos-beneficios, de las correlaciones, pero también del método con-

trafáctico (que consiste en simular situaciones históricas “virtuales” para compararlas, en términos de eficiencia, con las situaciones de la historia realizada) nunca serán capaces de tomar en cuenta la riqueza y la complejidad del pasado. El polémico rechazo por parte de los historiadores de esta historia “ficticia”, (que atribuimos, principalmente en Francia, a las reacciones de la Escuela de los Annales), encuentra allí su justificación.

El autor intenta luego mostrar cómo el paso de los modelos de equilibrio parcial a los modelos más sofisticados de equilibrio general (con todas las dificultades teóricas que supone), no es necesariamente más esclarecedor *vis-à-vis* la historia. Mientras que los “viejos” esquemas de la macroeconomía histórica, en particular la que se basa en el análisis comparado de los principales factores de producción, permitía al menos comprender la “transición” rápida de una economía agrícola a una economía industrial, los modelos “generales” más recientes, como el de Jeffrey Williamson, fundado en el análisis, en términos reales, de los flujos comerciales entre las principales regiones del país, no explican realmente los procesos de Reconstrucción norteamericana a partir de 1866, ni la recesión de fin de siglo. En este tipo de modelos, las hipótesis de pleno empleo de los recursos y de competencia perfecta, y la subestimación de los factores monetarios, constituyen obstáculos para la comprensión de la evolución, de por sí compleja, de las economías del siglo XIX.

Según Robert Rollinat, gracias a la reexaminación y verificación empírica de un cierto número de teorías o hechos estilizados, ciertos métodos de la *New Economic History* demuestran ser los más útiles. Esta confrontación con la “realidad” de los hechos y de los datos históricos conduce, por ejemplo, a rediscutir el rol del comercio exterior como factor del crecimiento o como instrumento de dominación económica, y a reconsiderar las ventajas comparativas del libre cambio y del proteccionismo. Permite igualmente a la historia monetaria emanciparse de cierta concepción cuantitativista, al retomar la crítica de los regímenes monetarios (sobre todo del Patrón Oro), y superar la visión monetarista sostenida por mucho tiempo por Milton Friedman al precisar los mecanismos históricos, reales y monetarios, de determinación de los precios pero también reexaminando, a lo largo del tiempo, el rol de los sistemas bancarios y de las estructuras financieras.

Pareciera ser que sólo cuando la visión analítica de la NEH se libere de los problemas de cierta ortodoxia económica, construida alrededor de la optimización del mercado y del equilibrio, su aplicación a la historia se volverá fructífera. De hecho, la confrontación entre diferentes enfoques teóricos acerca de ciertos temas “tradicionales” de la historia económica es la que permite renovar nuestra comprensión, tanto si se trata del “viejo” tema de la “Revolución Industrial”, de la “Gran Depresión” mundial de fines del siglo XIX o de la crisis de 1929. En lo que concierne al análisis de las fuentes y de los mecanismos generales del crecimiento, la historia económica, como lo recordó Solow, es indispensable para precisar los componentes del “residuo” (no explicado por los economistas), o para definir las “trayectorias tecnológicas”.

La confrontación con propuestas más recientes, ligada a las teorías evolucionistas, tiene también importantes enseñanzas. ¿Cómo se puede pensar, por ejemplo, en la historia de los modelos económicos del cambio técnico, si no se los evalúa teniendo en cuenta el pasado? Deshacerse de las condiciones iniciales, ¿no es acaso desentenderse de la historia? Ahora bien, por lo general las trayectorias “dependientes” aparecen como procesos temporales irreversibles, ligados a un sistema predeterminado. En este marco, siempre es posible recurrir a la teoría de procesos estocásticos, describiendo ciertos procesos a través del tiempo (por ejemplo, las cadenas de Markov, con funciones de probabilidad asociadas a cada acontecimiento); pero esta propuesta ¿alcanza para explicar los sucesos aleatorios y el “azar” histórico propio del sistema? De hecho, una de las carencias que persiste en el proyecto evolucionista (del tipo de Nelson y Winter, por ejemplo), recordada por Robert Rollinat, es la de abstraerse de las particularidades de los contextos históricos y de los acontecimientos para concentrarse en los procesos de cambio, considerados como tales. Una de las tareas más importantes de los historiadores económicos es, con ayuda de ejemplos empíricos persuasivos, conectar los nuevos modelos con la realidad histórica.

Entendemos entonces el sentido de la “disidencia” de Douglas North en el seno de la NEH. Su principal preocupación, seriamente analizada por el autor, es la de superar el enfoque restrictivo de la teoría standard (cuyos instrumentos no estarían adaptados para explicar el cambio económico a largo plazo), al tener en cuenta las instituciones y los comportamientos de la economía informal (pp. 178-79). Aunque la aplicación de los instrumentos del neo-institucionalismo (particularmente los costos de transacción y los derechos de propiedad) a la génesis y evolución del capitalismo occidental, lo que de hecho hace North, haya sido objeto de varias críticas, constituye una audaz tentativa de reintegrar la dimensión política e institucional a las largas explicaciones de la Historia. La aproximación que intenta el autor a las concepciones más clásicas de Marx, Hicks, Polanyi o Braudel es particularmente estimulante. Presenta la postura teórica de esta *new institutional history*: ser capaz de superar el individualismo pragmático y determinista para “captar” instancias colectivas y sociales del “tiempo histórico” (pp. 223-26). Quizás este programa de investigación es hoy la mejor vía para fusionar los aportes respectivos de la economía y de la historia, permitiendo renovar la *new economic history* desde sus orígenes.

La obra de R. Rollinat no sólo tiene la ventaja de presentarnos la génesis y el estado de las investigaciones más recientes en historia económica, sino que expone y discute los fundamentos analíticos. Ofrece numerosas vías de reflexión sobre la eterna relación conflictiva entre economistas e historiadores, y confirma al mismo tiempo la importancia de la historia económica como disciplina de síntesis, indispensable para unos y otros.

Bruno Théret.
Traducido por Vera Chiodi.